

LA MUJER AYMARA MIGRANTE EN BOLIVIA¹

María Elena Lora*, Erick Roth* y Gonzalo Musitu Ochoa**

*Universidad Católica Boliviana (Bolivia)

**Universidad Pablo de Olavide (España)

La lengua y cultura aymara enfatizan la noción de humanidad, sin indicación gramatical relacionada con el género (por ejemplo, *warmi* "mujer, esposa" y *chacha* "hombre, esposo") (Hardman, 1988). Esta estructura gramatical y semántica refleja la posición social para la mujer aymara dentro de su propia comunidad. La mujer aymara tiene un poder económico propio y adquiere una responsabilidad importante en la economía familiar. Como resultado de esta organización, la mujer aymara desempeña el rol de comerciante en el mercado. Y es en las transacciones comerciales donde las mujeres aymara siguen manteniendo viva la lengua nativa.

Para Mamani (2000), la mujer aymara es la protagonista en la defensa de los valores culturales de su pueblo; es el eje principal de la familia, administra la economía familiar y los productos agrícolas, educa a los hijos, es la curandera de la familia. En definitiva, la mujer aymara es la depositaria de la memoria histórica del pueblo que transmite mediante tradición oral los valores éticos y morales de la comunidad.

Sin embargo, el hombre sigue adquiriendo un lugar predominante en la división social aymara, que sitúa a la mujer en un segundo plano. Los niños inician el proceso de educación formal antes que las niñas, puesto que, para muchos padres aymara, las hijas sólo necesitan aprender a firmar, cocinar y cuidar los animales (Carter y Mamani, 1989). Este tipo de educación autoritaria está dirigida, por un lado, a mantener la homeostasis cultural de sus padres a través de la repetición de patrones y, por otro, a anular cualquier vestigio de superación.

El matrimonio es muy importante para el indígena-aymara porque implica la consideración de la mujer como comunidad como *jaqui* (persona) y *chasiña* (hacerse). Como afirma Olmedo (2006), la mujer aymara pasa del poder autoritario patriarcal al poder autoritario marital. La predominancia masculina-machista en la pareja y familia aymaras se relaciona, según el informe de la Red de prevención y atención de la violencia intrafamiliar en El Alto (2003), con un aumento del número de episodios de maltrato intrafamiliar sufrido por las mujeres a manos de sus parejas.

Esta estructura se ha visto transformada por los procesos migratorios externos e internos que han otorgado a la mujer un papel protagonista. La migración femenina supone una reestructuración de las unidades familiares y un reto con consecuencias en el ajuste de las mujeres aymaras. El objetivo del presente trabajo es analizar los procesos y los efectos de la migración interna de la mujer aymara en Bolivia. Para ello, se ha realizado un estudio etnográfico a través de entrevistas en profundidad a mujeres migrantes que viven en la ciudad de El Alto (Bolivia)

1. LAS MIGRACIONES INTERNAS EN MUJERES AYMARA

Más de la mitad de las personas migrantes de la subregión andina (Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú) son mujeres (Gómez, 1992). Estas mujeres trabajan en lo que se ha denominado la "cadena internacional del cuidado": servicio doméstico, cuidado de niños, cuidado de ancianos y enfermería. Estos trabajos suelen adscribirse, en la mayoría de los casos, al sector de trabajo informal, donde los derechos están más limitados. De hecho, para hacer frente a la vulnerabilidad de derechos en este sector, las empleadas domésticas bolivianas crearon en el año 1993 la Federación Nacional de Trabajadoras del Hogar de Bolivia (FENAETROB) que agrupa a 14 sindicatos con la finalidad de defender los derechos de las trabajadoras domésticas y mujeres migrantes rurales (RIJ, 2009).

La división internacional del trabajo y de la sexualidad hace que las mujeres andinas migren para cuidar los hijos de otras mujeres que optan por insertarse en el mercado del trabajo: las mujeres de los países desarrollados encuentran en sus pares de los países en desarrollo el apoyo para el cuidado de sus hogares. De otra manera no podrían realizar su rol en el mundo del trabajo, de la academia y de la cultura.

¹ Esta investigación se ha realizado en el marco del proyecto subvencionado por la AECID: "Los procesos migratorios en Bolivia y México: sus implicaciones en mujeres y niños (A/024237/09)" y del proyecto subvencionado por la Universidad Pablo de Olavide: "El rol de la mujer de los procesos migratorios de las comunidades indígenas de Bolivia y México".

Balbuena (2003) señala que para entender mejor a las mujeres andinas que migran es necesario analizar dimensiones subjetivas de la emigración, superar la visión reduccionista y estereotipada de las mujeres migrantes como un bloque homogéneo carente de iniciativas y estudiar los impactos en las mujeres que se quedan, en los hijos y los cambios en el modelo de familia.

2. OBJETIVO DE LA INVESTIGACIÓN

El objetivo del presente trabajo es analizar los procesos y los efectos de la migración interna de la mujer Aymara en Bolivia, a través de un estudio etnográfico.

3. MÉTODO

El estudio etnográfico se realizó en la ciudad de El Alto (Bolivia), con mujeres migrantes de la comunidad aymara, en el contexto del Centro Comunitario de Desarrollo del Niño, Niña y Adolescente Tawantinsuyo, dependiente de la Fundación La Paz. A continuación se describe la muestra, instrumento y procedimiento en ambos países.

3.1 Participantes

Participaron diez mujeres migrantes de origen indígena y hablantes de la lengua aymara (Edad promedio: 42 años; Edad mínima: 29; Edad máxima: 51). Estas mujeres se desplazaron desde diferentes ámbitos rurales del interior de Bolivia (desde la zona del altiplano paceño) con una antigüedad de al menos 20 años. La antigüedad de la migración era suficiente como para que las entrevistadas hayan completado el proceso de traslado (todas tenían residencia permanente y definitiva en El Alto) y hayan acumulado una completa experiencia acerca de las vicisitudes de la migración.

3.2 Entrevista

Se realizaron entrevistas en profundidad elaboradas por los miembros del equipo investigador. Previamente, se realizó un estudio piloto con el objeto de adaptar las preguntas al las características de las participantes. La entrevista está compuesta por una batería de preguntas abiertas que categorizadas en las siguientes dimensiones: datos sociodemográficos, causas y consecuencias de la migración. En estas dimensiones se exploran de manera transversal los siguientes ámbitos: individual, familiar, laboral y socio-comunitario.

3.3 Procedimiento²

En primer lugar, se efectuó un trabajo previo de observaciones participantes y entrevistas informales en el marco del programa de "intervención comunitaria en localidades marginadas", con la finalidad de establecer una relación de confianza con la población objeto de estudio e identificar la dinámica de relaciones de las mujeres y sus familias. A continuación, se llevaron a cabo las entrevistas durante varios días consecutivos, en función de la disponibilidad de las mujeres participantes.

Las entrevistas se llevaron a cabo en un ambiente adecuado, sin interrupciones y preservando la privacidad para el tratamiento de la información. La duración de cada entrevista fue de entre 60 y 120 minutos, adaptándonos a las peculiaridades de cada participante. Se evitó, en la medida de lo posible, una entrevista tipo interrogatorio y se fomentó un diálogo abierto y sincero. Para ello, con frecuencia se tuvo que iniciar el contacto aludiendo a temas de conversación no relacionados con el estudio. Se respetó siempre aquella información que la mujer no quiso compartir, evitando ser excesivamente insistente. Ante estas situaciones, se intentó retomar el tema en otro momento y de manera diferente, tanto en el contexto de la conversación como en el enfoque de la misma.

4. RESULTADOS

La información obtenida se categorizó en términos cualitativos en función de las categorías de la entrevista (datos sociodemográficos, causas y consecuencias de la migración). Además, se realizaron análisis con técnicas de contrastación cualitativa. La interpretación de la información se realizó en relación con los referentes etnográficos de la localidad y de los lugares de procedencia de las familias. A continuación se presenta el análisis de las entrevistas de acuerdo con las dimensiones del instrumento.

4.1 Datos sociodemográficos de la muestra

En relación con el estado civil, la mitad de las mujeres entrevistadas están casadas de primeras nupcias con parejas también esposadas por primera vez. Es interesante destacar que ninguna mujer se ha separado legalmente de su marido. Los casos de separación han acontecido en parejas que convivían, pero que no estaban casadas.

² Esta etapa se realizó con la colaboración del personal del programa de asistencia y desarrollo comunitario que operan en la localidad. En particular, su participación se orientó a servir de enlace con las mujeres, para construir un ambiente de suficiente confianza, tratando de garantizar la veracidad de las respuestas.

La tasa de natalidad es elevada (4,2 hijos por hogar creado) y los hijos e hijas viven en el hogar actual, excepto en los casos en los que los hijos e hijas son ya mayores y han hecho su propio hogar o han emigrado. Si comparamos este dato con el número de hermanos en origen (5,2 hermanos), y considerando que tres de las mujeres no cuentan ni conocen a sus hermanastros/os provenientes de la reconstitución de la pareja de sus padres con otros progenitores (con lo que el número de hermanos en origen podría situarse en torno a 7), se observa una considerable disminución en el número de hijos en comparación con sus familias de origen. Una tendencia que se está observando en otras poblaciones de origen indígena.

En cuanto a la ocupación antes y después de la migración, exceptuando a las dos personas que llegaron a la ciudad como bebés, todas pasan de actividades básicas para la economía rural de sus familias (pastoreo, cuidado del campo, ayuda en la mina, cuidado del hogar) a actividades de servicio en la ciudad (empleada de hogar, ayudante de cocina, vendedora), y sólo en el caso de la diplomada universitaria, a profesora.

Hay que destacar dos puntos que en el análisis de las entrevistas han resultado de sumo interés en las experiencias laborales de las mujeres migrantes bolivianas. En primer lugar, algunas mujeres comenzaron a trabajar en hogares como empleadas domésticas sin cobrar nada, y sintiendo cómo el peso de la explotación iba minando sus ilusiones y esperanzas:

He trabajado ahí en Villa Fátima seis años y recibía 30 Bs. al mes, trabajaba como empleada y en una tienda de abarrotes que tenían ellos. Pero no me pagaban, nunca he visto los 30 pesos, nunca he visto la plata, me lo compraban polleras o mantas; pero nunca me han pagado.

Después la señora ya no nos dejaba y de pagar no nos pagaba hasta que nos hemos salido de ahí, no nos pagaba, nos ha dado dónde vivir y nos ha dado comida y nos ha comprado ropa; nosotros no teníamos sueldo.

La primera vez que he venido como empleada, me trataban bien mal. Yo creo que porque he sido pues chica del campo digamos ¿no? se aprovechaban yo pensaba eso, porque no sabía nada, no sabía lavar ni cocinar.

En segundo lugar, las historias positivas en el ámbito laboral están relacionadas con encontrar a personas que les ofrecieron apoyo, tanto aymaras que habían emigrado anteriormente, como miembros de la familia extensa que ayudaron a las recién llegadas. El apoyo del Centro Tawantinsuyo también fue muy valorado.

Más mejor en otro programa había, eso me ha ayudado, un Centro había, eso me ha ayudado. Hemos criado chanchos, gallina, conejo; era un centro que me ha ayudado.

Una señora había y ahí me ha empleado mi tío "ahí puedes trabajar, ahí puedes aprender un poquito más a hablar castellano" así me ha dicho mi tío. Ahí he estado un mes, con una señora aymara también era ella, "así vas a hablar, así me vas a responder" así me ha enseñado ella.

En cuanto al nivel de estudios, la mitad de las mujeres participantes en el estudio no ha tenido ninguna experiencia formal educativa, y de la mitad restante, 4 mujeres llegaron a algún curso de enseñanzas básicas, y tan sólo una estudió en la universidad (Diplomatura de Trabajo Social). Es muy interesante la descripción que las propias mujeres hacen de sus oportunidades de estudiar. Tres son los factores principales que explicarían según ellas las dificultades para acceder y mantenerse en el sistema educativo formal boliviano.

En primer lugar, la discriminación por ser mujer vivida en el seno de su hogar:

He estudiado hasta cuarto básico nomás, hasta ahí he llegado por falta de plata, éramos muchos hermanos, somos 8 hermanos y hermanas, entonces no había plata, menos para las mujeres.

[...] Tal vez antes era pues más los preferían ellos a los varones, no a las mujeres. Mi mamá me decía "para que te voy a poner a la escuela, si vos eres mujer." A las mujeres no deben darles sus estudios, solo a los varones.

[...] porque mi papá decía que con lo que hemos ido al colegio era suficiente, ya saben sumar, restar, pueden ir a trabajar de trabajadora del hogar decía. Entonces mi mamá sabe decir no, para que han ido, tienen que estudiar, tienen que ser alguien en la vida; de ahí he dicho, yo voy a ir a estudiar.

En segundo lugar, el acontecimiento de un evento familiar traumático en la infancia de las mujeres que ha cambiado los roles en el hogar (muerte de un familiar, separación) y que les ha dejado en una situación de abandono, de falta de apoyo:

Hasta cuarto curso he pasado, pero mi mamá ha fallecido y no he podido entrar después. Como ha muerto mi mamá, en esos tiempos no se preocupaban los papás mucho, entonces así nomás lo he dejado.

He estudiado hasta segundo medio, no he terminado porque había habido problema. Mi mamá y mi papá se habían separado y de esa causa ya he tenido un padrastro y usted sabe que de ahí ya no apoyan. De esta causa me he quedado, por falta de apoyo.

En tercer lugar, la necesidad de trabajar para apoyar a la familia o para salir adelante ellas mismas:

He entrado a básico a primer curso pero no lo he acabado. Aquí tampoco he estudiado nada. He empezado a trabajar entonces no he podido estudiar, algo de leer he practicado, así trabajando.

Yo aquí nomás he trabajado y no he estudiado, ya después con la familia así nomás no se puede, hay que trabajar.

Tan sólo una mujer que ha podido estudiar gracias al Centro Tawantinsuyo que le ha brindado la oportunidad de seguir sus estudios en la etapa adulta. Dos de las restantes tres mujeres tienen estudios básicos y la única mujer que ha llegado a la universidad, adjudica al apoyo materno la clave del éxito. De hecho, la muerte de la madre o la separación de la misma y la unión con una nueva pareja precipita en la vida de las mujeres entrevistadas el cese de sus estudios.

4.2 Causas de la migración

Seis de las diez mujeres emigraron a la ciudad como “pioneras familiares”, solas, dejando atrás a sus familias, con apoyos inciertos. Todas estas migraciones fueron definitivas excepto en uno de los casos, en los que tras permanecer dos años en la ciudad, volvió a cuidar a su madre enferma hasta el fallecimiento de ésta, momento en el cual regresó definitivamente a la ciudad.

Estas mujeres dejaron sus hogares por dos motivos fundamentales: la escasez de recursos del medio rural, y la búsqueda de mejores opciones educativas.

Porque en el campo no hay plata, todo ahí es difícil, aunque ahora ha cambiado harto, creo que hasta ahora hay luz y todo, pero antes no era así. No teníamos ni luz, era bien difícil.

Porque allá no hay suficientes recursos para poder hacerlo, porque la oveja, el chancho nomás antes así era, son cosas que cambian, al año crecía una oveja.

Como le digo me he venido a la ciudad a estudiar.

Cuando profundizamos en las causas que llevaron a estas mujeres a migrar, encontramos tres grandes motivaciones: económicas, resultantes de la inequidad de género, familiares e individuales.

En cuanto a la motivación económica, entendida como la motivación para poder asegurar la subsistencia propia y/o familiar o mejorar las condiciones de vida, la mitad de las mujeres aducen afirman que esta causa subyace al inicio de su proceso migratorio.

Me he venido para trabajar, para mantenerme a mi sola, porque quería trabajar. Mi hermano también se ha venido con sus 14 años también para trabajar [...] Mis hermanos que se han ido del campo, uno está en Santa Cruz, otro en Brasil, otra está trabajando en la mina y yo aquí y así la mantenemos a mi mamá.

Para trabajar, para ayudar porque ya había demasiado con mis hermanitos y todo eso y por eso me vine. Después se han cerrado las minas y mis papás se han venido también.

Cuando profundizamos en las causas económicas, observamos que subyace la inequidad de género (sea en su pareja o en su familia de origen). Cabe destacar que este desequilibrio no es descrito por ninguna de las mujeres entrevistadas como impulso para dejar su tierra y marcharse a la ciudad. Sin embargo, analizando las historias narradas recogidas en las entrevistas puede trazarse un puente entre las dificultades en las familias de origen de algunas mujeres para acceder a oportunidades formativas por el mero hecho de pertenecer al género femenino (descritas más arriba), así como el abandono negligente de algunas de ellas por parte de sus padres (padres que reniegan de su hijas al esposarse o emparejarse de nuevo, e hijas “regaladas” a tíos y abuelas, hechos estos acaecidos a tres de las diez mujeres del estudio), con el hecho de la migración.

En segundo lugar, la mitad de las mujeres sostienen que la motivación familiar ha sido fundamental para iniciar su proceso migratorio, entendida como la motivación de la familia para que un miembro emigrara solo o en pareja. En este sentido, la migración fue un proyecto familiar o de pareja:

Nos hemos venido con mi papá, porque su hermano mayor ha matado a una persona allá y lo ha acusado a mi papá y él nomás ha entrado a la cárcel. El tiempo que ha estado en la cárcel no sé, habrá sido 1 o 2 años y después todo le han quitado su casa, sus ovejas, todo; y de ahí nomás mi papá no ha vuelto a la comunidad nunca más y aquí nos hemos quedado.

Sí pues, nosotros allá donde antes estábamos no teníamos nada, mi mamá no tenía casa, entonces se ha venido a esta zona porque ha conseguido un terreno para vivir, se ha venido por vivienda; no tanto por trabajo.

Juntos, juntos nos hemos venido, mi papá más mejor vivía aquí, eso también me ha dicho “te voy a dar un chiquitito terreno”, no me ha dado nada, así nomás me ha dejado.

Por último, hemos identificado la existencia de una fuerte motivación individual, caracterizada por la persecución de metas personales, de sueños o ilusiones de cada una de estas mujeres, en siete de las diez mujeres entrevistadas. Una de las mujeres que no reconoce ninguna motivación individual describe que siguió a su marido que quiso probar suerte en la ciudad, y las otras dos mujeres son las que emigraron como bebés.

4.3 Consecuencias de la migración

ÁMBITO FAMILIAR

Como premisa, recordemos que tan sólo una mujer ha emigrado con su pareja, por lo que el resto de mujeres parten de sus hogares de origen. Tan sólo tres mujeres no se separaron de sus familias: las dos mujeres que emigraron siendo bebés, y la mujer que emigró con su marido (lo que haría referencia a la no ruptura con la familia creada). El resto de mujeres, ¿qué dejaban atrás? ¿De qué se separaban? :

Yo vivía con mi abuelita en allá, mi papá me ha regalado a mi abuelita, mi abuelita ya era mayor y no me gustaba vivir con ella porque era mala [...] porque mi abuelita tenía su marido, el último y mi abuelita quería que lo trate como si fuera mi abuelito y yo no quería eso [...] entonces me pegada y de ahí yo me quería alejar.

No, igual nomás me he estado. Yo he crecido con otra gente señorita, mi abuelita me ha criado, a ella la he extrañado, a ella era difícil olvidarme. Mi papá, mi mamá me han abandonado de chiquitita, no he crecido con ellos, así yo con eso me he criado.

Tenía mis hermanos menorcitos ó años tenía, otro 4, otro 5, 1 añito y se ha muerto eso, los cuatro se han muerto y yo solita me he quedado.

Mi madre era mala, [...].

Nos hemos venido con mi papá, porque su hermano mayor ha matado a una persona allá y lo ha acusado a mi papá y él nomás ha entrado a la cárcel.

[Refiriéndose a su padre biológico]...ya me empezaba a gritar cosas así de pequeña y yo con ese trauma francamente he crecido, bien triste. Ya no hablo con él desde esa vez que yo he ido a pedir ayuda, he debido estar en cuarto básico así pequeña todavía.

Estos son algunos de los testimonios que las mujeres entrevistadas ofrecen de sus hogares de origen. Cuatro de las siete mujeres que se separan de sus familias de origen dejan atrás estas historias de abandonos, de acogimientos en la familia extensa, de "olvidos parentales". Las otras tres mujeres que dejaron su hogar, y a pesar de no recibir el apoyo de sus padres y hermanos, no describen episodios traumáticos en su infancia directamente relacionados con su crianza y educación. Sin embargo, es un hecho destacable que cinco de las siete mujeres que se separaron de sus familias reconozcan que una de las cosas más duras para ellas fue "extrañar" a sus padres y hermanos:

Cuando he decidido venirme me he separado de mis papás y de mis hermanos y hermanas, eso ha sido lo más difícil para mí. No mucho, un mes nomás me extrañaba así, mi mamá extrañaba realmente mal, mal siempre; pensando de mi mamá nomás era, estará bien, estará mal nomás pensaba.

A pesar de las duras historias que algunas de las mujeres reportan de su vida en familia y a pesar de la falta de apoyo, existe la posibilidad de que el vínculo con una figura familiar fuera lo suficientemente fuerte y sano como para trazar un puente muy importante con las raíces propias familiares, favoreciendo así una unión con el pasado y evitando que la "huida" a la ciudad (como en algunos casos ocurre) sirviera para negar algunos elementos identitarios importantes.

Como hemos comentado, todas las migraciones fueron definitivas y en ningún caso se produjo la reunificación familiar. Más bien, la tónica en la mayoría de las experiencias recogidas es la del "enfriamiento paulatino" de la comunicación con los suyos.

Después de 7 años recién he visto a mis papás, pero ya era tarde porque estábamos acostumbradas nosotras [...] Extraño, bien raro, no se parecía a mi mamá otra persona era. Yo le preguntaba a mi hermana "¿será nuestra mamá?" y ella me decía que sí, pero yo no sentía nada, correr a abrazarla así, no; parecía un extraño [...].
No los veía mucho y no hablaba con mi familia.
De mi papá me he tenido que separar, pero ni me doy cuenta siquiera.

Parece más bien, que después de que ha pasado un tiempo, en el que las mujeres han conseguido salir adelante y ganarse la vida de un modo estable, y los padres tienen una cierta edad, se produce un acercamiento. Por ejemplo, aumenta el número de visitas mutuas, o las mujeres empiezan a ir para cuidar a sus padres, o incluso empiezan a plantearse recuperar las relaciones que se apagaron hace tiempo.

Hay veces donde mi tía también voy, ahí en la Portada también vive, hace tres años que he ido, después ya no he ido. Ahora estoy pensando ir donde mi papá, a visitarlo, quiero ir a verlo, ya está de edad entonces lo quiero ver.

El siguiente aspecto de las consecuencias familiares asociadas al fenómeno migratorio es la repercusión en la vida en pareja. Como hemos apuntado, tan sólo una mujer migra en pareja, por lo que no podemos analizar las repercusiones de la migración en la vida conyugal. Esta única experiencia en nuestro estudio apunta hacia elementos de apoyo y motivación positivos que no se aprecian en las narraciones de las otras mujeres. En lo que sí merece la pena detenerse es en la descripción que las mujeres hacen de su vida en pareja.

Recordemos algunos de los datos extraídos de las entrevistas hasta este momento. Tan sólo una mujer se encuentra sin pareja en el momento de la entrevista (después de haberse separado tras 20 años de convivencia), y excepto una mujer que tuvo un hijo cuando era adolescente con una pareja ocasional, y la mujer que enviudó y que en la actualidad convive con otra pareja, todas se han casado o se han emparejado con el mismo hombre durante el tiempo de convivencia (no se observan divorcios, o separaciones o cambios de pareja frecuentes). En cuanto al apoyo percibido en el hogar, parece que tan sólo cuatro de las parejas apoyan esporádicamente en la crianza de los hijos, aunque todos los hacen en mayor o menor medida en el ámbito económico. Con estas premisas, seis de las mujeres entrevistadas afirman comunicarse con sus parejas, el mismo porcentaje de las mujeres que también reconoce tener conflictos con ellas.

Mi pareja es cariñoso, bien también es. Ahora recién nos hablamos, a veces le pregunto y me dice también cómo le ha ido. Hablamos, nos decimos nomás lo que pasa, hay veces sí, hay veces también no. Pero hablamos. Bien nomás es, normal estamos, bien. Sí hablamos, hoy día por ejemplo "cómo te ha ido" y bien o mal también, nos contamos así, yo también le digo, él me dice así nomás estamos, bien.

La comunicación positiva es referida al hablar del día a día. Tan sólo dos mujeres emplean términos afectivos al hablar de la comunicación con las parejas: "confianza", "cariñoso". El resto de las mujeres que afirman comunicarse con sus parejas se refieren al nivel de comunicación de "hablamos y escuchamos", y todas usan la primera persona del plural.

La mala comunicación en la pareja se relaciona con los conflictos en la pareja: de las seis mujeres que reconocen tener conflictos en su vida conyugal, cuatro también reconocen tener una mala comunicación con su pareja. Los conflictos son descritos por las mujeres como comportamientos negativos de sus parejas y que ellas resuelven aguantando (por lo que además del conflicto relacional, podríamos hablar de un conflicto con ellas mismas por soportar algo que no desean). Dos de las parejas tienen problemas con el alcohol, otras dos

mantiene relaciones extramatrimoniales llegando en uno de los casos a traer a casa a uno de los hijos ilegítimos para ser criado por la mujer migrante, y en dos de los casos, quizás los más duros, las mujeres no consiguen hablar de sus conflictos limitándose a expresar su profundo malestar: "sólo hijos tengo" y "ganar de suicidarme tengo a veces". Pocas son las mujeres que hablan abiertamente de malos tratos y abusos recibidos por parte de sus parejas.

[...] mi marido también bien maldito era, mucho ya me pegaba y parece que eso también mi papá se ha enterado y me quería alejar.

Me sentí mal, lloraba cada vez, hubiera podido denunciar, pero me aguantaba, eso me decía mi papá cuando yo le contaba, me decía que me aguante; y como no conocía nada entonces tampoco he podido ir a denunciar.

Cuando se preguntó a las mujeres acerca del ajuste biopsicosocial de sus hijos, entendido como su adaptación en los planos académicos, relación con los iguales y en la casa, así como en el plano de la salud y el comportamiento, todas las mujeres con hijos consideraba que su descendencia estaba positivamente adaptada. Quizás este sea este uno de los puntos más importantes de ruptura con su pasado, de renovación, de nuevos comienzos: después de haber vivido una infancia difícil, después de haber podido repetir patrones en la relación de pareja parecidos a los vividos por sus propias madres en sus hogares de origen, después de haber encontrado sus sueños mermados, empequeñecidos o no apoyados, han conseguido hacer algo nuevo, reparador y con un mérito enorme: han criado a hijos sanos, con los que se comunican, que tienen oportunidades de estudiar, con los que no hay diferencias por ser hombre o mujer. Nos encontramos quizás ante una de las áreas más sanas y ricas de las mujeres migrantes participantes en el estudio: sus hijos e hijas y su rol como madres.

ÁMBITO LABORAL

En primer lugar, se preguntó a las mujeres si realmente mereció la pena migrar o si hubiera sido mejor quedarse en casa. Se les pidió que valoraran globalmente las oportunidades que la migración les ha reportado en sus vidas. Ocho de las mujeres coinciden en evaluar positivamente lo que han obtenido como consecuencia de la decisión de migrar. La mayoría refieren que las oportunidades para trabajar y estudiar en la ciudad son mejores que en el campo, aunque algunas entrevistadas también reconocen que en la actualidad, las cosas están empezando a cambiar en el ámbito rural (sobre todo en lo relacionado con las oportunidades de formación).

Sí, me ha ido bien, no tan bien que digamos pero bien. Aquí también es más fácil porque se puede trabajar, estudiar.

Sí, para estudiar, trabajar. Yo creo que me he venido aquí es mejor también, porque de quedarme en el campo no hubiera aprendido nada. Pero ahora también ha cambiado en el campo, ya están más despiertos, pero más antes en esa época que yo estaba, no había nada... [...].

Las dos mujeres que no evalúan positivamente su experiencia migratoria refieren que "aquí y allí igual no más es" y "Para mi persona, para mi mal ha sido. Mal digo porque hasta el momento no tengo nada, solo hijos tengo y nada más. No tengo nada.

Ambas no perciben ganancias vitales significativas o grandes cambios con respecto a lo que predicen que habría sido su vida si hubieran seguido en sus lugares de origen. Ocho de ellas han tenido experiencias y relaciones laborales positivas, y siete han disfrutado también experiencias formativas satisfactorias.

Además de las mujeres que valoraron negativamente las oportunidades que les ha brindado la migración, las principales dificultades encontradas en los ámbitos laborales y formativos se relacionan con la discriminación y la explotación, así como con el hecho de no poder acceder a formación por la presión de obtener ingresos para el hogar (cosa que sucede a dos de las mujeres entrevistadas). Detengámonos en esos dos elementos que quizás encuentren sus orígenes fuera del ámbito laboral pero que es sin duda en este ámbito donde adquieren mayor visibilidad y crudeza. Nos referimos a la discriminación (por género, raza y/o ser migrante) y a la explotación laboral.

Ocho de las diez mujeres reconocen haber sufrido discriminación. La discriminación por género la viven ya desde sus hogares, como demuestra el hecho de que algo menos de la mitad de las mujeres no tuviera "derecho" a la educación en su infancia por el solo hecho de ser mujer. La discriminación que más frecuentemente encuentran en el ámbito laboral es la relacionada con su origen étnico y el hecho de ser migrantes, y en tres de los casos lleva emparejada la explotación como parte de la relación laboral: impago de sueldos, imposibilidad de asistir a la escuela, malos tratos, encierros en casa, etc. Como afirma Albó (1988) ser y hablar aymara, ser indio, ser campesino y ser explotado son términos que en los hechos coinciden. Si a esto le añadimos ser-mujer, podemos comprender cuántos obstáculos deben superar las mujeres emigrantes que nos ocupan.

La primera vez que he venido como empleada, me trataban bien mal. Yo creo que porque he sido pues chica del campo digamos ¿no? se aprovechaban yo pensaba eso, porque no sabía nada, no sabía lavar ni cocinar.

Como no entendía lo que me decían, no sabía cocinar, ni limpiar me pegaban, con todo, con las ollas y me decían india campesina; la señora también era de pollera, pero así me trataba, me decía campesina india y su esposo también.

Yo después de ese mi primer trabajo como empleada, he tenido otro y ahí nomás la gente te empieza a humillar, yo no pensé que era así, pero nos querían humillar y de ahí me salí.

Incluso la discriminación provenía de las propias mujeres de la ciudad con cierta formación educativa por el hecho de vestirse con las ropas típicas.

[...] pero cuando estaba haciendo mi práctica pre profesional yo vestía de pollera y ahí he visto cierta discriminación de parte de las mismas señoras que trabajaban ahí, de las psicólogas, de la trabajadora social inclusive ella ¿no?

Sin embargo, a pesar de la discriminación sufrida en determinados contextos laborales, la valoración global de las oportunidades laborales es positiva. Todas las mujeres se hacen cargo de la economía familiar en la actualidad, ayudadas por sus maridos y parejas en el 80% de los casos. Este es un dato significativo que refleja la inclusión de las mujeres en el tejido productivo de la ciudad, ya sea en el sector servicios (sobre todo como trabajadora del hogar) como en el de las pequeñas manufacturas vendidas autónomamente (comida, ropas y artículos tejidos).

ÁMBITO COMUNITARIO

En este epígrafe, cabe destacar que tan sólo tres de las mujeres mantienen algún tipo de relación con su comunidad de origen que se limita al contacto telefónico con sus padres (ni siquiera hermanos o hermanas) o a visitas esporádicas. El resto de las mujeres no mantiene ningún otro contacto con su comunidad de origen: ni familia extensa, ni amigos, ni figuras importantes (líderes religiosos, educadores, personas importantes en la comunidad), por lo que podríamos decir que la desconexión con su pasado relacional es un hecho patente en la vida de la mayoría de las mujeres migrantes. Como comenta una de ellas:

Yo ya me he olvidado realmente de donde yo vivía, ya estoy acostumbrada, normal nomás estoy.

Parece como si quedara grabado en la identidad de las mujeres sus costumbres, sus tradiciones, y no las personas y las relaciones. De este modo, serían los elemento del macrosistema más que de los microsistemas de origen los que dejarían huella en las mujeres entrevistadas (Bronfenbrenner, 1979). Esto se relaciona con la identidad cultural de estos pueblos. De las entrevistas se desprende que la migración se encuentra aparejada con una pérdida de la identidad cultural por el hecho de tener que migrar y adaptarse a un contexto desafiante, se observa en el grupo de mujeres entrevistadas una corriente positiva y sana en lo referente a la definición de su propia persona desde un punto de vista de sus raíces.

Tan sólo una mujer siente que ha tenido que abandonar todas sus costumbres culturales. El resto siente que, en lo fundamental, no han tenido que cambiar o sacrificar elementos identitarios que para ellas eran fundamentales, aunque sí debieron hacer un esfuerzo importante para adaptarse a las demandas de la ciudad. Un hecho ilustrativo es el uso del aymara como lengua de comunicación dentro de la casa con sus parejas o familiares, o las tradiciones en la cocina, formas de contraer matrimonio, o de vestirse en contextos "no laborales". Incluso dos mujeres consideran que se han hecho más fuertes y sociables, frente a la imagen de la mujer en su cultura. Lo más difícil para la integración cultural de estas mujeres ha sido el uso del castellano y la presión a usar otro tipo de ropa diferente de la propia.

No he tenido que cambiar nada, yo uso las dos cosas vestido y pollera, cuando voy allá uso polleras; como dicen "transformer". Si pues claro, en el campo nosotros no planchamos, no nos cambiamos de ropa todos los días, allí es día por medio o cada dos días, tampoco conocemos las verduras, ni pan. Aquí he conocido he aprendido, he aprendido a hablar, a ordenar mis cosas, a conversar con la gente. Porque antes era miedosa, me tapaba mi cara cuando las personas me hablaban, pero ahora ya puedo hablar más con la gente.

Esta desconexión con los orígenes tiene relación también la existencia de otros migrantes en la familia de las mujeres entrevistadas. Ocho de las mujeres tiene a alguno de sus hermanos también como migrantes, por lo que en el ámbito familiar, los hogares de origen están "desiertos" de figuras de referencia. Por tanto, en este proceso de emigración y de desvinculación familiar encontramos que seis de las mujeres fueron "pioneras familiares" en emigrar, y que a este hecho se le une el que la mayoría de los hermanos comienzan a emigrar después, siguiendo quizás los pasos dejados por ellas mismas. De hecho, seis mujeres tienen algún hermano o hermana que emigró y vive en la misma ciudad de destino.

Después con mi hermana casi a diario hablamos, con mi otra hermana en la semana hablamos, en la ciudad vive ella, pero la otra vive aquí nomás, mi hermano también estudia aquí en El Alto y con ellos hablamos. Todos mis hermanos están aquí en la ciudad, incluso mi mamá.

A pesar de que en muchos casos algún hermano o hermana vive en la ciudad y esto puede suponer un apoyo, se indagó a través de la entrevista la existencia de otros apoyos comunitarios con los que las mujeres hubieran contado y que les permitieran adaptarse satisfactoriamente a su nuevo contexto socio-comunitario. En este caso, el Centro Tawantinsuyo supone un punto de inflexión en la vida seis de las mujeres entrevistadas. La actividad asociativa les ha permitido trabajar para dar mejores oportunidades y cuidados a sus hijos, para transformar su comunidad, para tejer una red social de madres, y, en muchos casos, para demostrarse a sí mismas que eran personas dignas de ser reconocidas y con capacidades para intervenir sobre sus propias vidas.

Aquí en el Centro participo, pero después no tengo nada, aquí nada más es que hemos ido a desfiles, hay reuniones, vamos al mercado y a veces pan hay que hacer, nada más.

Aquí en el Centro nomás estoy, el año pasado me han nombrado de la Directiva, soy Presidenta y como presidenta yo digo "haremos reunión", tengo que ir abajo a la Fundación La Paz.

Tan sólo una mujer hace referencia a la familia de su marido como red social de apoyo en la ciudad que considera de vital importancia para su integración en la comunidad. Y precisamente de esta percepción de integración, nueve de las mujeres se perciben como parte de su comunidad, la cual sienten suya.

Aquí nomás ya estoy acostumbrada, [...].

Me gusta estar aquí, me conozco con todas las de la zona, como si nada nomás estoy.

Aquí ya más compartimos, hay personas, amigos, amigas, con mi esposo normal es todo. Tenemos también padrinos, así con su familia mejor también es, con ellos nos estamos a veces, así bien estamos.

La única mujer que no se siente integrada describe su percepción del siguiente modo:

Aun quiero irme, quiero volver al campo, porque aquí también a veces no hay plata, la economía afecta eso, a la familia que tengo. En cambio en allá, con la chacra nomás se esta. Para mi sería más fácil pero para mis hijos no, porque ya están acostumbrado, aunque les gusta la chacra, los animales; pero así de vivir, yo creo que no. Yo si puedo volver al campo.

Muy similar es la percepción de ascenso social, entendido como la mejora en vivienda, educación, ingresos, reconocimiento social, etc. que la migración ha supuesto. Todas las mujeres excepto aquella que no se siente integrada en su comunidad, perciben que su vida ha mejorado socialmente. Sin embargo, podríamos distinguir dos grupos de estas mujeres: las que piensan que han mejorado mucho, y las que, por el contrario, piensan que "no he mejorado tanto". Es interesante destacar que las mujeres que tienen percepciones más positivas de su ascenso social son también aquellas más implicadas en el Centro Tawantinsuyo, ocupando incluso puestos en la directiva del mismo. Parece que la participación social, el hecho de ser un referente comunitario y hacer cosas más allá de la propia familia conlleva un reconocimiento social, que puede relacionarse con una mejor integración en el entorno y con la satisfacción con los logros conseguidos en el contexto comunitario.

5. CONCLUSIONES

El objetivo de este estudio fue analizar los procesos y los efectos de la migración interna de la mujer Aymara en Bolivia.

Tras el análisis detallado de las entrevistas y después de haber entrado en contacto con las experiencias que han vivido las mujeres aymaras migrantes, proponemos extraer algunas conclusiones generales que podrían ayudar a comprender mejor la feminización migratoria en el mundo aymara. En primer lugar, las experiencias migratorias de las mujeres indígenas que abandonan el medio rural están caracterizadas por su carácter definitivo. Al contrario de lo que ocurre con las migraciones transnacionales en las que existe una posibilidad de volver, un deseo de reencuentro e incluso un retorno de ganancias económicas, inversión en patrimonio en origen, etc., las migraciones intranacionales estas mujeres aymaras se caracterizan por una desvinculación con el origen. La migración ha supuesto un punto de no retorno con respecto a la vida anterior, no sólo entendida desde el punto de vista de la actividad laboral (pastoreo, agricultura) sino sobre todo relacional. No quedan atrás apenas familiares, ni propiedades, ni elementos vitales importantes por los que "merezca la pena volver". La migración supondría un comenzar de nuevo con un lema importante: cada paso que se da, aleja más de la posibilidad de volver atrás, justamente porque el atrás se va difuminando hasta casi desaparecer.

En segundo lugar, es importante destacar la carencia de apoyos a la hora de tomar la decisión de migrar. Nadie en el origen les ha apoyado para migrar ni de modo instrumental, ni material ni emocional. No se relaciona ni con la edad de la mujer a la hora de migrar ni con cuál sea la motivación de la misma, simplemente se encuentra sola ante la empresa migratoria. Como hemos referido, incluso cuando la motivación para migrar es en parte familiar, la percepción y el sentimiento de no ser apoyadas por su propia familia es la vivencia primaria experimentada. Esta ausencia de red de apoyo se compensa en cierta medida en el lugar de destino, aunque más que red de apoyo podríamos hablar de "figuras temporales de apoyo". A pesar de ser familiares cercanos, el sustento brindado por estas personas suele ser muy definido en el tiempo y con una duración breve. Pasarán algunos años antes de que las mujeres aymara puedan hablar de una red de apoyo y sentirse seguras en ella. De hecho, en la mayoría de los casos estas redes coinciden con la constitución de la familia creada. Serán la pareja y los hijos e hijas los encargados de crear un entramado interpersonal de soporte para sus propias vidas, formando parte del mismo pocas personas extrafamiliares. Tan sólo el Centro Tawantinsuyo ha servido para abrir las puertas a un mundo social del cual nutrirse a la hora de establecer relaciones de ayuda y de amistad.

Por otro lado, y de acuerdo con lo que afirma la OIM (2003), la mujer en general, y la mujer aymara en particular, migran cada vez más frecuentemente de un modo autónomo, sin tanta presión desde sus familias de origen o fruto de una discriminación machista exacerbada. La mujer aymara tiene motivaciones individuales que le impulsan a buscar un futuro mejor en las grandes ciudades. No buscan hacer fortuna o convertirse en personajes famosos de su comunidad. Buscan sencillamente tener una vida más digna, donde puedan ejercer el derecho a acceder a la educación, a trabajar honradamente para alimentar a sus hijos e hijas, donde puedan construir su futuro de forma autónoma. Y estas motivaciones se reflejan en sus familias creadas. Todas

ayudan a mantener a sus familias con una actividad económica basada en el sector servicios o vendiendo manufacturas o productos en la calle, son los pilares básicos en la crianza de la prole, manejan la economía doméstica, participan en su comunidad a través de organizaciones locales de mujeres. Esto es quizás la diferencia más importante con respecto a la proyección de sus vidas en sus hogares de origen: han logrado ser autoras de su propio futuro en muchas facetas de su vida. Esta autoría se refleja en su autoconcepto, en su autoestima y en la integridad de su identidad cultural a pesar de la migración.

Todas las mujeres han superado adversidades muy importantes (malos tratos, abandonos, abusos, explotación), sin grandes apoyos, y han sabido crear en sus familias, y en concreto con sus hijos, un espacio sano para el desarrollo donde no estuvieran presentes las carencias que en muchos casos padecieron. Son mujeres resilientes, que tienen estrategias para afrontar los momentos más difíciles, y que han sabido generar de donde los demás sólo verían campo yermo. Sus hijos e hijas son uno de los aspectos más sanos de su vida. Hay comunicación, ajuste con su entorno, se resuelven conflictos, no se discrimina a las hijas por haber nacido mujer, etc.

Sin embargo, el sabor que deja la migración es en cierto modo agridulce. La percepción de "haber mejorado pero no tanto" es una expresión que refleja muy bien las profundidades del ser-mujer aymara migrante. No se relaciona tanto con el tener una casa más grande, o más dinero, o hijos/as en la universidad. Hace referencia al hecho de ser feliz, de encontrarse satisfechas con sus vidas, de ver que con la decisión de migrar consiguieron dar un cambio a sus vidas y sentirse personas más plenas. Sin embargo, "no han mejorado tanto".

BIBLIOGRAFÍA

- Balbuena, P. (2003). Feminización de las migraciones: del espacio reproductivo nacional a lo reproductivo internacional. *Revista Aportes Andinos*, 7, 7-14.
- Carter, W. y Mamani, M. (1989). *Irpa Chico. Individuo y comunidad en la cultura Aymara*. La Paz: Juventud.
- Gómez Díez, O. (1992). *Mujer y migración: el poder de lo invisible*. Recuperado el 12/10/2010, de http://www.derechoshumanosbolivia.org/archivos/biblioteca/mujer_y_migracion_el_poder_de_lo_invisible.pdf
- Mamani, V. (2000). *Identidad y espiritualidad de la mujer aymara*. La Paz: Misión de Basilea/ Fundación SHI.
- OIM. (2003). *World Migration Report 2003: Managing Migration-Challenges and Responses for People on the Move*. Ginebra: OIM.
- Olmedo, O. (2006). *Paranoiaimara*. La Paz: Plural editores.
- Red de información jurídica-RIJ. (2009). *Situación de la mujer trabajadora migrante en los países de la región andina*. Recuperado el 12/10/2010, de <http://190.41.250.173/rij/bases/Nuevdh/dh2/migra.htm>
- Red de prevención y atención de la violencia intrafamiliar El Alto. (2003). *Sistematización y casuística de violencia intrafamiliar: Gestiones 1999, 2000, 2001*. El Alto-La Paz.